

El intruso

por LUIS MARTÍNEZ

1

Levantó la mirada y la clavó fijamente en su interlocutora. Tenía los ojos negros y la expresión sombría:

—De manera que te sientes feliz...

—Mucho. Tengo seis meses de embarazo y estoy segura de que ya mi hijo me canta muy adentro... Oigo su voz en lo más íntimo de mí...

María era una muchacha dulce, soñadora. Alta, espigada. Poetisa que hacía versos con la vida. Sus grandes ojos azules refulgían. Eugenia continuó conturbada:

—Yo no podría decir lo mismo...

—¿Por qué?

—Tengo siete... Y la carga de la criatura me agobia. Me parece que me golpea continuamente, que se mueve con furia... ¡Hay momentos en que creo que va a ahogarme!

—¡No digas eso!

—Es cierto.

—La maternidad es tan hermosa... Además, llevar un hijo en lo más hondo es como un milagro... ¡Es el amor mismo hecho criatura!

—Puedes hablar así porque no te daña íntimamente...

—Ninguna madre siente a su hijo como un estorbo en sus entrañas.

—Yo, sí, porque me molesta, me sofoca... ¡Tengo miedo de que pueda matarme!

—Ve con el médico... ¡Estás enferma!

—Ya fui.

—¿Y qué te dijo?

—Que todo es mental... El feto, según él, es normal...

Eugenia se miró el vientre con las pupilas turbias. La tarde entraba en rachas de luz viva por la ventana abierta. Pero a ella la salita le pareció oscura y fosca.

—Yo sé que esta criatura me hará daño. ¡Lo sé! ¡Hay una voz dentro de mí que me lo dice!

2

Jorge llegó del trabajo y se la encontró taciturna y malhumorada. Eugenia era blanca, de cabellos negros y pupilas de azabache y cristal. Las manos pequeñas las tenía clavadas, como garfios, en un cojín.

—¿Qué te pasa, ¿No me das un beso?

—Perdóname... Estaba pensando...

—Debes distraerte...

—No puedo... Vivo aterrada... Cada vez que lo siento moverse me parece que me desgarrar el vientre...

—¡No seas tonta!

—¡Eres estúpido! ¡Nunca podrás comprenderme!

—¡Todas las mujeres se sienten felices de ser madres! Sueñan con su hijito... Se lo imaginan hermoso... Y tú, no...

—No... porque sé lo que será... Me temo que sea un muchacho malo, feo, monstruoso... ¡Así como ahora pretende ahogarme, tal vez me mate cuando sea mayor!

—¡No digas disparates!

—Es verdad.

—Tienes que volver con el siquiatra...

—El médico no podrá cambiar mis pensamientos...

—Pero ¿no amas a tu hijo?

—No sé...

—¿Lo odias, Eugenia?

- ¡Me agobias!
 —Recuerda que es el fruto de nuestro amor... ¡Será nuestro primer hijo! ¡A mí me da felicidad pensar en él!
 —A mí me hace profundamente desgraciada...
 —¿Por qué? ¿Por qué?
 —Porque le temo... ¡Le temo! ¡No puede amarse lo que nos causa horror!

3

La noche cayó —desolada y mustia— sobre el dormitorio. Jorge se acostó. Se quedó con el torso desnudo porque tenía calor. Estaba cansado. El trabajo del día había sido intenso. Era agente de seguros. Y había tenido que visitar a numerosos clientes. Eugenia —en ropa de dormir— se sentó a su lado. Quiso sonreírle. Pero no pudo. Él se quedó rápidamente aletargado. La muchacha lo miró con rencor. No era hermoso como Gustavo. Había engordado. Tenía los brazos flácidos. Los músculos flojos, laxos. El pecho amplio, pero un tanto adiposo. Le parecieron sus formas redondeadas y feminoides. ¡Qué distinto Gustavo! Su antiguo novio era másculo, viril, apasionado y tiránico. Recordó un día en la playa. Él iba con un pantalón de baño minúsculo. Parecía un Apolo. Dominador, férreo. Las pupilas de fuego, los labios carnosos, las manos duras como dispuestas a aplastar o a estrujar.

Ella no había querido bañarse. Llevaba un traje deportivo ligero. Caminaron hasta adentrarse en un paraje desierto. De pronto, él se detuvo:

- Quiero besarte, Eugenia... ¡Acércate más a mí!
 —¡Gustavo!
 —¿Temes?
 —No... Te amo.

Y se besaron apasionadamente. Él la tumbó en la arena con violencia y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—¡No, Gustavo, eso, no! ¡No!

Forcejearon. Sintió que algo muy íntimo se le rebelaba. El terror la invadió. A duras fuerzas pudo zafarse de sus garras. Gustavo la miró con rabia contenida:

—¡Qué poca cosa eres! ¡Las mujeres como tú me dan asco! ¡Vete!

Volvió a mirar a su marido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cerró los párpados pesadamente. Y un sueño inquieto —hecho de sobresalto y de angustias— se le fue enroscando paulatinamente en el cerebro como una serpiente. La voz de su hijo corrió por su interior en un confuso griterío. La pareció, por un momento, que en su vientre pugnaban las palabras atropelladamente. Se pegaban. Saltaban. Chocaban. Eran como chispas desatadas bajo un huracán:

- ¡Mala madre! ¡Me odias!
 —¡No! ¡No! ¡Odio no! Sólo miedo, terror...
 —Miedo porque soy el fruto, no de tu amor, sino de tu matrimonio...
 —¡Calla!
 —¡Amas a Gustavo! Hubieras querido que yo fuera hijo suyo...
 —¡Gustavo! ¡Gustavo! El hombre mío... El que me estrujó entre sus brazos con pasión incontenida y única... Sus labios de fuego aún me queman...
 —Lo amas... Te casaste con mi padre por conveniencia, por despecho...
 —Gustavo no podía ser para mí... Era voluble y loco. Me hubiera abandonado... ¡Yo sabía que era sólo un pequeño juguete para él!
 —Por eso, cuando te negaste a sus caprichos te despreció...
 —No me quiso nunca... Prefería a las otras muchachas más vivas. Los celos me devoraban... ¡Tenía que olvidarlo!
 —Pero no lo has logrado... Lo recuerdas todos los días...
 —Todos los días lo tengo en el pensamiento. Se sobrepone a mi voluntad... Cuando voy a llamar a Jorge tengo en los labios el nombre de Gustavo...
 —¡Me das lástima!
 —Pero no me ahogues... ¡Déjame!
 —Cálmate...
 —Siento cómo alzas las manos en mi vientre y me vas estrujando, apretando... Tus manitas son garfios de hierro en torno de mi cuello... ¡Déjame! ¡Me ahogas! ¡Me falta el aire!
 —Las madres como tú son peores que las bestias...
 —¡Me asfixias! ¡No puedo! Suéltame... ¡Suéltame que me ahogas! ¡Suéltame! ¡Suéltame!
 Al grito de Eugenia, Jorge despertó sobresaltado:
 —¿Qué te pasa?

—Me estaba estrangulando, Jorge... ¡Sí! ¡Tenía sus manos en mi cuello! ¡Asesino!

—Despiértate y levántate... ¡Es una pesadilla!

—Llévame de aquí...

—¿Qué quieres?

—Necesito aire... El aire frío de la noche me hará bien... ¡Me ahogo!

—Tomaremos el automóvil...

—Sí... Cojamos la carretera... Vámonos muy lejos... Muy lejos de nosotros mismos...

Se vistieron rápidamente. Subieron al carro. Él iba pesaroso, triste, aplastado. Ella temblaba como una paloma aterida.

—¡Más velocidad, Jorge! ¡Más! ¡Acelera! ¡Necesito huir! ¡Huir!

4

El hospital de alienados era pequeño y pulcro. Las enfermas se paseaban por los jardines como sombras. Una llevaba una muñeca en sus brazos y la acunaba. Otra arrastraba una larga cola de trapo como si fuera una emperatriz de cartón. Eugenia se ovillaba en sí misma. No hablaba. Se veía hosca, huraña. Se pasaba las horas mirándose el vientre, amplio y redondo como una luna de papel. La enfermera se le acercó:

—Dé un paseito por el jardín... ¡Vamos! ¡No le conviene estar siempre sentada!

Ella echó a andar. La brisa despeinaba los árboles. Pasó junto a los bártulos del jardinero y tomó algo subrepticamente. Después continuó su marcha seca y fría. De pronto se detuvo. Se sentó junto a un copioso almendro. Farfulló malhumorada:

—¡No te muevas más! ¡Déjame quieta! Ya tienes las manos muy grandes y las uñas muy largas... Me arañas... ¡Qué dedos tienes! Parecen de un gigante... Siento cómo van subiendo por la sangre hasta el cuello... No me aprietes... Me ahogas... ¡Asesino! ¿No ves que me estás estrangulando? ¡Déjame! ¡Eres un intruso dentro de mí! ¡Yo no te quiero! ¡Gustavo, Gustavo, mátalos! ¡Me hace daño! ¿No me oyes, Gustavo? Permites que me ahogue, que me beba la sangre... ¡Esta sangre que es tuya! ¡Yo acabaré con él! ¡Sí! ¡El intruso...!

Y se clavó en el vientre —ancho y redondo— el cuchillo del jar-

dinero que había tomado a escondidas. La sangre brotó a borbotones. Las enfermeras se acercaron al escuchar el alarido:

—¿Qué ha hecho, Eugenia? ¿Qué ha hecho?

—¡He matado al intruso!

Y repitió la palabra hasta que la voz se le fue apagando como un hilito de cristal:

—Al intruso... al intru...so... al in...tru...so...